

Tendencias de la narrativa actual en Colombia

Johann Rodríguez-Bravo

I

Campo Elías Delgado, personaje de la novela *Satanás* de Mario Mendoza, Premio Seix Barral Biblioteca Breve 2002, escribe sobre el piso del restaurante Pozzeto con la sangre de uno de los comensales que acaba de asesinar: «Yo soy legión». Frase que también abre la novela como epígrafe, pero con la firma autorizada de otro autor: el evangelista San Marcos: «Yo soy legión porque somos muchos». La literatura colombiana contemporánea es también una legión, pues sus autores, al igual que los espíritus a los que hacer referencia el evangelista, son numerosos y variopintos y no es susceptible de ser abordada como un movimiento, una generación o un estilo común. La tendencia actual de la literatura contemporánea es ser una y ninguna.

II

Los escritores de hoy en Colombia, los que empiezan a publicar y los que llevan unos 5 ó 6 años en las carteleras de ventas, son como la cuadrilla de diablos del evangelio de Marcos, de todas las razas, credos, edades y estilos. Orlando Mejía Rivera, crítico y académico de la Universidad de Caldas (Colombia), ha querido acuñar el término «generación mutante», con el fin de poder reunir bajo una palabra con una acepción bastante *sui generis* el fenómeno literario de la actualidad. Decir que Santiago Gamboa, Jorge Franco, Julio César Londoño, Fernando Vallejo, Enrique Serrano, Ricardo Silva, Juan Gabriel Vásquez, Mario Mendoza, Héctor Abad Faciolince y Laura Restrepo pertenecen a la misma generación es un poco exagerado ya que sus edades son dispares, y algunos se llevan, incluso, 20 años de diferencia como es el caso entre Londoño y Vásquez, por ejemplo. Decir que los une un mismo estilo tampoco es acertado pues mientras Gamboa prefiere usar un lenguaje claro, sencillo, plano, Serrano y Londoño juegan todo el tiem-

po con las palabras; Vallejo, por su parte, es el poseedor del estilo más original y menos parecido a los demás. Faciolince y Franco, tal vez por compartir terruño, se tocan de cierta forma en el estilo. En los temas, todos estos escritores son tan diferentes que sería difícil hablar de un tópico común que cruce sus obras. Mientras Serrano, Londoño y Vásquez gustan de los temas históricos, Faciolince, Mendoza y Franco prefieren la temática social urbana. Para Mejía Rivero, actualmente se han perdido «los límites temáticos de lo que puede ser escrito y recreado, ningún tema está vedado por el hecho de ser alguien un escritor colombiano»¹. Sobre esto dice Juan Gabriel Vásquez: «La escritura de novelas no es una actividad sindical: no tiene por qué haber acuerdo entre todos, ni siquiera entre dos»².

La única manera de cercar a estos nuevos narradores es, como dice Cecilia Caicedo, conferenciante de la extensión cultural del Banco de la República en su taller sobre la nueva novela colombiana, a través de las fechas de publicación, entre 1998 y 2004³.

De la *Virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, hasta *Los informantes* (2004) de Juan Gabriel Vásquez, pasando por *Fragmentos de amor furtivo* (1998) de Abad Faciolince, por *Érase una vez el amor pero tuve que matarlo* (2001) de Medina Reyes, por los cuentos de *Pesadilla en el hipotálamo* (1998) de Julio César Londoño, por *Satanás* (2002) de Mendoza, por *Delirio* (2004) de Laura Restrepo, *Tamerlán* (2003) de Enrique Serrano y, aún, *Al diablo la maldita primavera* (2002) de Sánchez Bauté, los libros de la producción reciente de la literatura colombiana versan sobre todos los temas y están escritos desde todos los niveles de calidad. De ellos, hasta ahora, no hay ninguno que se pueda perfilar como una obra maestra invulnerable a la envidia y al tiempo. Deberá pasar más tiempo para que la historia tenga a bien conservar una de estas novelas como representativa de su momento. Algunos críticos y algunos escritores no dudan en mencionar a Fernando Vallejo como el mejor de los escritores actuales, sobre todo en el ámbito internacional. En España se dice que las editoriales están publicando

¹ Mejía Rivero, Orlando. «La generación mutante», En: www.librusa.com. Consulta: Octubre de 2003.

² Entrevista a Juan Gabriel Vásquez, Revista «La Mandrágora» n° 5, Popayán, Octubre de 2004.

³ Si bien de este grupo, escritores como Laura Restrepo y Fernando Vallejo ya tenían una obra desde los años 1980, es éste con *El Desbarrancadero*, premio Rómulo Gallegos 2003, y aquella con *Delirio*, premio Alfaguara 2004, quienes dan el gran salto a la fama internacional y se ubican entre los escritores colombianos más leídos en este momento después de García Márquez.

bajo una «política de riesgos mínimos [que] da en ocasiones grandes sorpresas, (...) [como el] bombazo que produjo la publicación de la lírica a la vez que hiriente *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, una pequeña obra maestra, tan dolorosa como contenida»⁴.

Orlando Mejía Rivero ha optado por llamarlos la «generación mutante», valiéndose de la configuración del adjetivo-sustantivo (o sustantivo adjetivado enseñaría Vallejo en *Logoi*) en nuestra época de cómics, televisión satelital y experimentos genéticos. El crítico manizalita dice que el término hace referencia a:

«(...) aquellos muy buenos estudiantes, interesados por múltiples campos intelectuales que incluían las matemáticas, las ciencias biológicas, la filosofía y la literatura universal (tanto europea, norteamericana como nuestros escritores del boom latinoamericano), pero que, a la vez, eran buenos jugadores de fútbol, básquetbol, béisbol, ajedrez, cartas, bailarines de salsa y de disco al estilo Travolta, y bebedores moderados, o transitorios, que no hicieron bohemia intelectual en los cafés y en los prostíbulos, sino en las discotecas, las fiestas de quinceañeras y descubrieron el sexo con sus novias y amigas de colegio y universidad»⁵

Escritores tan importantes como Germán Espinosa, Rafael Humberto Moreno-Durán, Milcíades Arévalo y Darío Jaramillo Agudelo, aunque aún son publicados por editoriales importantes y su producción literaria es cada vez más exquisita, tendrían que ser evaluados bajo otra lupa, ya que sus inicios se remontan a los 1960 y 1970 y sus influencias son otras; además, su obra ya ha conseguido una madurez que exigiría un tratado de largo aliento; por lo tanto, se crearía un sesgo de análisis al incluir estos autores en el mismo momento literario de los antes mencionados.

III

¿Qué hace común, entonces, a todos estos nuevos narradores? La respuesta la da el gato Pink Tomate, uno de los personajes de *Opio en las nubes* (1992) de Rafael Chaparro Madieto. Dice el animal: «Desde que el viejo Job se murió a veces Lerner, el gato tímido, me acompaña en las noches a recorrer los techos de la ciudad. Hoy recorrimos un te-

⁴ *Gras Miravet, Dunia*. «Del lado de allá, del lado de acá: estrategias editoriales y el campo literario de la narrativa hispanoamericana actual en España». Cuadernos Hispanoamericanos n° 604, Octubre de 2000.

⁵ *Mejía Rivero, Orlando*. *Op Cit.* P. 2.

cho muy particular, el techo de Altagracia. Altagracia es una mujer solitaria y vive cerca del apartamento de Amarilla»⁶. En esta cita se revela mucho de lo que empezaría a llenar las páginas de la nueva literatura: la mirada del mundo desde la nocturnidad de las ciudades, nocturnidad que como oscuridad también puede ser sinónimo de soledad y sordidez. «Allá abajo la ciudad está que bulle. Es viernes y por eso los habitantes van de un lado para el otro buscando un vaso de vodka con hielo, una silla, un cigarrillo, unos labios rojos y carnosos que hablen y dejen escapar esas palabras rasgadas, esas palabritas nocturnas que salen oliendo a whisky, a lengua seca, a humo azul, a semáforo en rojo y amarillo tú me sacudes toda la noche trip, trip, trip»⁷.

La ciudad, como nuevo teatro del mundo, ya no es un conjunto de calles y semáforos, sino un personaje que camina. Cuando Braulio Cendales, personaje de la *Balada del pajarillo* (2000) de Germán Espinosa o Sergio Bocanegra, de *Técnicas de masturbación entre Batman y Robin* (2002) de Efraim Medina, se echan a andar por los laberintos de sus ciudades, ya no se meten las manos a los bolsillos y miran el comercio a través de las vitrinas, sino que el comercio mismo va con ellos, se pasea de la mano con el asfalto y el *smog*. La ciudad «el texto vivido donde hay sujetos, objetos vivientes; donde hay una estrecha relación entre la carne y la letra, la palabra y la piedra»⁸.

La nueva visión del mundo es, como todas, la que está alimentada por la transformación de la estructura social y política. ¿Acaso es casual que Chaparro Madiedo haya publicado la novela tan sólo un año después de que la economía colombiana se abriera al mundo con un nuevo modelo de desarrollo neoliberal y que la caída del Muro de Berlín haya dado punto final a la división política del mundo? Las ciudades de hoy son fácilmente leídas en cualquier otra ciudad; la televisión por cable, la Internet, la comunicación internacional en tiempo real y las demás tecnologías forman parte de un suceso histórico que determina los comportamientos de los colectivos y las personas en particular. Hoy en día, un joven de Medellín es más parecido a alguien de su edad que viva en Helsinki que a su propio padre. El triunfo de la mercado-

⁶ Chaparro Madiedo, Rafael (1992). *Opio en las nubes*. Editorial Babilonia, Bogotá, 2002. P. 53

⁷ *Ibid.* P. 54.

⁸ Argüello, Rodrigo. «La ciudad en la literatura», *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad*, compiladores: Carlos Alberto Torres, Fernando Viviescas y Edmundo Pérez. Universidad Nacional, 2002. P. 231.

tecnia ha hecho que Coca-cola sea «la chispa de la vida» en Popayán y en Caracas, en Ciudad de México y Tokio, en Bariloche y Montpellier.

La literatura de hoy refleja, como epopeyas, las aventuras ordinarias de los hombres, esos problemas que se presentan cualquier día para una persona de la «comunicorrientidad». Y es, precisamente, sobre estos temas de la vida diaria, sobre los que escriben la mayoría de los escritores vernáculos. En España, en Latinoamérica y en Colombia, por supuesto, «el público parece decantarse por emociones fuertes, por el atractivo morboso de la miseria y la violencia del nuevo mundo»⁹, pero, curiosamente, ese atractivo se incrementa cuando la miseria y la violencia son las de los personajes sencillos, las de los vecinos de la ciudad¹⁰.

Lo mejor que he leído sobre la morbosidad de saber cómo vive el otro, el de al lado, es el cuento «Vecinos» del escritor norteamericano Raymond Carver. En el relato, un par de esposos piden a sus vecinos de enfrente el favor de alimentar a su gato mientras están fuera de la ciudad. Los vecinos aceptan y deciden intercarse para ir: un día va el marido, el otro, la mujer. Pero algo sucede cada que entran en el apartamento: un descubrir de la intimidad de los vecinos que les lleva, incluso, a olvidarse de dar de comer a la mascota y deleitarse en el éxtasis que produce saber qué *shampoo* usa la vecina, de qué color es su ropa interior. El tema del cuento de Carver es casi el mismo tema de *Basura* de Héctor Abad Faciolince, pero, a diferencia del norteamericano, éste le añade un elemento más sórdido: los desperdicios como la identidad. «Dime qué botas y te diré quién eres», diría el personaje de la novela del escritor paisa¹¹.

El otro tema en común es el de «el edificio» como una ciudad dentro de la ciudad. Tanto en *Basura* como en *Angosta* (2004), *Técnicas de masturbación entre Batman y Robin*, *Los informantes*, *Rosario Tijeras*, *Paraíso Travel*, *Satanás* entre otras, el micromundo en el que se mueven los personajes es el de los edificios de apartamentos. Esto es muy común en la narrativa actual colombiana y no en la de hace 20 ó

⁹ Gras Miravet, *Dunia*. Op. Cit. P.

¹⁰ No habrá quien, ante esta reflexión, deje de preguntarse por qué entonces los temas de los best-sellers del momento versan sobre «las cruzadas», «los templarios», «el manto de Turín», entre otras delicias de los siglos lejanos, pero ante esa incógnita tengo elucubraciones que no caben en la línea de este ensayo y ya intentaré responder en otra ocasión.

¹¹ No es gratuito que escritores como Ricardo Silva, Jorge Franco y Harold Kremer hayan manifestado en diferentes entrevistas que uno de sus cuentistas favoritos es el norteamericano Raymond Carver.